

EL SUJETO DEL DESEO: ESE QUE POR REPRESENTARSE INCESANTEMENTE, SE OCULTA.

Jorge Iván Zapata

El filósofo Alemán Martín Heidegger, consecuente con su función en el mundo, se pregunta y responde por algo propio de su experiencia: El origen, en este caso, "El origen de la obra de arte". Se sabe que la pregunta por el origen es una inquietud milenaria del ser humano, frente a la cual como respuesta se dedico a construir el universo mítico, para luego desembocar en el mundo objetivo de la ciencia. Pero en el origen emerge la verdad del ser del ente, como aquello que interroga, y es por este sendero que se encamina la indagación de los hombres.

Pero será en el mito, el arte y el psicoanálisis, formas cada una de representar el destino que cubre la presencia del ser en el mundo, aquellas en las cuales habrá de centrarse la unidad reflexiva del presente trabajo. También habrá de anotarse, que las tres formas de representación que acabamos de nombrar, arrastradas ellas por el deseo de saber sobre la verdad que se esconde en el vientre del origen del ser, hallan cada una su asidero de una manera distinta. Así, en la realización dramática que los Griegos hicieron de los mitos, el enigma en el cual se cifraba la verdad de su destino, constituía el embrague sobre el cual el deseo del hombre se jugaba. Descifrar el acertijo o coartada, en el cual el saber sobre el querer de los dioses se expresaba, constituía la función de los sátiros*. Estos seres elegidos por los dioses, y como dice Tiresias, defendiendo su función de sátiro ante Edipo el Tirano, que sólo a la ley de Apolo obedece y no al mandato de los hombres, da clara consciencia de que la verdad de su destino él la posee, pero la ha olvidado.

Igualmente en su lúcido texto sobre el origen de la obra de arte, Heidegger logra hacernos saber que la forma en la cual el pintor hace emerger la materia de sus elementos, textura, color etc., reproducen la verdad del ser en su deseo. El artista, en tanto sujeto de la forma que modificando la materialidad del ente, infunde en ella la verdad del deseo que lo moviliza, produce con su acto creador sin proponérselo, el salto a una simbolización de la verdad que ya no le pertenece. Y no le pertenece porque su obra, hija de su empuje creador ha tocado la Verdad del origen, y en ese lugar el sujeto particular se suspende, apareciendo ahí la universalidad de lo propiamente humano. "Así pues, en la obra no se trata de la reproducción del ente singular que se encuentra presente en cada momento, sino más bien de la esencia general de las cosas". (1) ¿Acaso, quién podría negarse a considerar los dramas trágicos de Sófocles, sobretudo Edipo Rey o Antígona, como poseyendo la esencia del hombre?.



Tanto en la mítica como en el arte, hemos visto dibujarse cada vez con más nitidez la proposición Spinociana que asevera: "La esencia del hombre es su deseo". Acuñando los términos en los cuales avanza la presente reflexión, podría afirmarse que en el origen el sujeto indaga por la verdad que empuja su deseo, con la pasión de su ignorancia. Que en los hombres el origen del deseo que los hace ser este oculto, emanando a partir de un deseo otro, extraño a sí mismo y representado en los dioses o en el arte, plantea de entrada cual es la verdad que sobre el origen del deseo, nos interesa. Que el ser del hombre, provenga de un Otro que lo ha deseado, sean estos los padres o los dioses, sitúan al humano en el horizonte de ser él mismo una creación. Si la creación de la obra se debe al deseo materializado del sujeto que lo engendra, la pregunta por el origen hace del ser del hombre un mito en la cual éste, con la potencia de su deseo, se genera a sí mismo.

Pero dejemos que sea el psicoanálisis, por boca del Dr. Lacan que nos introduzca en el origen del deseo humano, para abrir un nuevo bucle o torsión de éste como destino del sujeto en el mundo. Dirigiéndose, al deseo omnipotente de la madre dirá: " Es por el hecho de haber nacido de un vientre particular, y no de otro, que un ser hablante -es otra designación del inconsciente -es por haber nacido de un ser que lo ha deseado o no lo ha deseado, única razón que lo sitúa de un modo determinado en el lenguaje que un hablanteser se encuentra excluido de su propio origen." (2). Como puede colegirse de lo anterior, lo más real del deseo es ese carácter de destino, que marca al sujeto y que él mismo percibe como algo no reconocido. Esta dimensión de lo *Unerkant*, con el cual el ser hablante se inscribe en el mundo, lo hace emerger como representando una determinación que de entrada le es extraña. Es este desconocimiento, lo que precipita a Edipo a sentenciar el destierro al asesino de Layo, sin reconocerse él mismo como aquel sobre el cual recaería finalmente, todo el peso del edicto promulgado.

Ahora bien, si continuamos buscando en el campo del psicoanálisis una luz que haga aparecer una senda en nuestro propósito, vamos a encontrar otro concepto, lo reprimido Originario, *Urverdrangt*, que llama a lo no reconocido, *Unerkant*. Si el concepto freudiano de lo *Urverdrangt*, que es traducido a nuestro idioma como lo reprimido primordial, lo anudamos con lo *Unerkant*, asistimos a la siguiente proposición: Lo reprimido originario no es reconocible. Espero no forzar el tejido del propósito en el cual persevero, si se agrega al contexto de la proposición anteriormente señalada otra que acabamos de desentrañar, cual es que en el deseo hay algo que no logra ser reconocido por el sujeto, por ser efecto y no causa de éste. Ahora, si se da un paso más y hacemos consistir la urdimbre de las dos proposiciones, diciendo que si el sujeto no reconoce el origen de su deseo es porque éste se encuentra insondablemente reprimido, podemos comprender el porqué cualquier pregunta por el origen, conduce al universo simbólico de una hermenéutica del ser.

Si el deseo es una potencia que no cesa de no reconocerse, y en tanto tal permanece fundamentalmente reprimido, vale preguntarse, por el fluir eterno que no deja de no representarlo. Y ello, porque " por la forma que se le dio, ni siquiera la noción de reprimido



primordial pone el acento sobre la función de lo imposible." (3) De donde se puede intuir, que lo reprimido primordial, en la medida que aparece como lo imposible de representar, se presentifica por sí solo en el deseo del sujeto, erigiéndose la vía de lo no reconocido como aquello que hace brotar lo real de su ex-sistencia. Lo no re-conocido del deseo, si se piensa atentamente, introduce una afirmación: lo conocido. La resonancia, quizás con algunos matices míticos, de que érase una vez conocido para luego devenir no conocido u olvidado, implica que lo reprimido originario proviene de un deseo otro, el del creador o los padres, que no logra ser conocido por el sujeto, y que sin embargo es causa de aquel.

Este deseo otro, que no cesa de no rememorarse en el sujeto, dado que si se reconociera dejaría de evocarse, abre un nuevo sesgo pues, si como Freud dice es fundamentalmente evocación, habría de preguntarse por la falla que impide su concreción. Refiriéndose a esta particular fenomenología del deseo la describirá de la siguiente manera: " La imagen mnémica de una determinada percepción permanece asociada a la huella mnémica de la excitación resultante de la necesidad. Al presentarse de nuevo esta necesidad se producirá, en virtud de la conexión establecida, un movimiento psíquico dirigido a recoger la imagen mnémica de dicha percepción e incluso a evocar ésta es decir, a restablecer la situación de la primera satisfacción: tal movimiento es el que nosotros llamamos deseo..."(4). Este magistral relato, que denota puntualmente la falla en la satisfacción del deseo, como una reaparición de la percepción proveniente de la excitación de un primer encuentro satisfactorio, esclarece aun más el porqué cuando el sujeto elige en lo real de su deseo, yerra inexorablemente.

Ahora bien, es importante alumbrar un pequeño detalle. El deseo se hace fenómeno en el momento mismo de la percepción, activada ésta por la evocación de una excitación de satisfacción originaria. Podría decirse que percibimos con la imagen o representación, que el deseo lleva anudado como un ombligo. La estética del deseo, que Freud pone en el centro de la descripción fenoménica que acabamos de citar, inaugura al sujeto de la representación escindido del encuentro consigo mismo. Uno es Otro, es la proposición mínima que se puede recoger del diálogo interior en el cual el hombre se fundó, y que no abandonará mientras rememore por la vía de la representación.

En el seminario que el Dr. Lacan dictó entre los años de 1960 al 61, sobre el fenómeno de la Transferencia, logró con exhaustiva prolijidad, dimensionar la función agalmática, que la representación del deseo, guarda en sí, como valor supremo del sujeto. Si atendemos a la definición de agalma, como rasgo u objeto que adorna o que se ofrece, que circula o queda inmóvil, podemos acogerlo como aquello que sostiene el deseo en el momento de la percepción o lo que es lo mismo la representación. Si el deseo es "un movimiento psíquico dirigido a recoger la imagen mnémica.." , abandonada por un encuentro excitante del sujeto con lo real de la necesidad, se puede señalar que es esta excitación el tesoro agalmático, que hace mover la potencia deseante de aquel. La carga libidinosa, con la que lo deseable se engalana, dispara el movimiento rememorativo, haciendo que el sujeto se desplace en la



búsqueda del brillo prometido de la percepción que una vez lo éxito. " Para decirlo todo, si este objeto los apasiona, es porque ahí adentro, escondido en él está el objeto del deseo, agalma, el peso, la cosa por la cual es interesante, a saber, donde está el famoso objeto y saber donde opera, tanto en la ínter como en la intrasubjetividad." (P. 217 del seminario del 1 de febrero de 1961.).

Para concluir, hemos de volver al inicio con el fin de encontrar al poeta, que como se ha intuido saben del movimiento que encadena recuerdos originarios, haciendo emerger en el origen del ser, el rayo que empuja la representación en el mundo. Dejo pues, la palabra escrita que me representa a C. F. Meyer, o " La fuente romana."

Elevándose un rayo liquido y al caer rebosa

la redondez toda de la marmórea concha,

que cubriéndose de un húmedo velo desborda

en la cuenca de la segunda concha;

la segunda, a su vez demasiado rica,

desparrama su flujo borboteante en la tercera,

y cada una toma y da al mismo tiempo

y fluye y reposa.

Notas.

1. Heidegger, M. "Caminos de bosque." p.30. Madrid, 1995. Alianza Universidad.
2. Gorali, V. "Estudios de psicósomática v.2.", p.11. Buenos Aires 1978, Atuel-Cap.
3. Gorali, V. "Estudios de psicósomática v2." p.12. Buenos Aires 1978, Atuel-Cap.
4. Freud, S. " La interpretación de los Sueños."
5. Lacan, J. "Seminario número 8, La transferencia." pág. 207. Desgrabación

